

# DESDE LA CLAUSURA

*Esa noche Catalina se fue para la rumba a la que la invitó el chico que le gustaba. Cursaba décimo en el Colegio La Presentación de la América, tenía 17 años, era imponente, rebelde y de personalidad explosiva.*

**Por: Ana Cristina Tobón Pérez**

*Cuando llegó al lugar se encontró con otra cosa. La habían llevado a una ceremonia satánica.*

Dos años antes, Catalina se había sentido llamada por Dios y no dudaba al responder que quería ser religiosa cuando le preguntaban qué sería después de graduarse. Esa certeza y su vida en general, fueron arrebatadas durante cuatro años por un grupo que le ofreció poder, atención y hasta dinero, sin embargo, el mismo Hombre que la llamó a ser feliz cuando apenas cursaba octavo, la reconquistó en el año 2012.

En la Exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata* se expone que La clausura, es un modo particular de estar con el Señor, de compartir "el anonadamiento de Cristo mediante una pobreza radical que se manifiesta en la renuncia no sólo de las cosas, sino también del 'espacio', de los contactos externos, de tantos bienes de la creación."

En palabras sencillas es vivir en intimidad y oración con Dios, sin contactos externos por el resto de la vida. Actualmente, se podría pensar que este tipo de vida ya no existe. La iglesia se está reformando y es evidente la creciente falta de Fe en los jóvenes. Sin embargo, como Catalina Montoya Ruiz, hay muchas jóvenes que han sentido el llamado y la necesidad de entregar el resto de sus vidas a la contemplación del Señor.

Prueba de ello fue el boom de vocaciones que se dio en un convento español en el año 2009. Luego de que durante 23 años no se había recibido ninguna aspirante, 140 jóvenes ingresaron al monasterio. Ante la noticia, los medios informativos reaccionaron afirmando que fue un "fenómeno único en el mundo", lo que más conmocionó fue la idea de que tantas jóvenes optaran por esta vida.



### Capilla del Monasterio

Por su parte, según datos de la Arquidiócesis, en Medellín y los demás municipios del área metropolitana, hay alrededor de 225 mujeres que un día decidieron ser esposas de Dios y no salir durante el resto de sus vidas. En la ciudad, se cuentan 14 monasterios de este tipo bajo ocho órdenes diferentes: Teresitas Contemplativas, Contemplativas del Buen Pastor, Reparadoras de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, Pasionistas, Carmelitas Descalzas, Visitación de Santa María, Santa Clara de Asís y Concepcionistas Franciscanas.

¿Qué tan jóvenes son?, no hay un dato exacto que pueda dar respuesta a esta pregunta. Sin embargo, en el monasterio de las Pasionistas, por ejemplo, son 22 religiosas, la mayoría de ellas menores de 25 años. Cada mes, mínimo una mujer pide hacer la experiencia en el lugar, por eso están construyendo más celdas, confiando en que serán muchas más las jóvenes que optarán por Jesucristo el resto de sus vidas.

Para Catalina no fue difícil continuar en la secta. Rápidamente se olvidó de su formación cristiana, permanecer en un colegio católico era una tortura, y definitivamente ya no quería ser monja.

*Su vida comenzaría a girar alrededor de la drogas, el sexo desordenado, las malas amistades y un sin número de cosas que no la hacían plenamente feliz. Lo difícil fue salir.*

Un fin de semana se puso en la tarea de “cagar” vocaciones, como ella misma lo expresa, en un retiro espiritual que realizarían los Siervos de Espíritu Santo en La Ceja. Allí, no era capaz

de permanecer en un solo lugar, se salía de las charlas y fumaba la mayor parte del tiempo. Había tomado la decisión de no quedarse en una vigilia de oración que apenas comenzaba pero, cuando iba a salir, la multitud no la dejó.

El sacerdote entró con el Santísimo, y ella quería correr, no se sentía bien. De pronto, quien encabezaba la oración llamó su atención. "Aquí hay una joven, de corta edad, vino a hacer daño. Pero el Señor está empezando a tocar su corazón", son las palabras que recuerda Catalina. Esas mismas que experimentaba como propias y que le hacían sentir que se estaba volviendo loca.

Ocho seminaristas, de aproximadamente treinta que había en el lugar, comenzaron a orar por ella. No entendía muchas cosas de las que decían, pero en medio de un sentimiento que no entendía, se estaba comenzando a abandonar en los brazos misericordiosos de Dios. La oración terminó y antes de que el sacerdote saliera, puso la Custodia con la Hostia Consagrada justo en frente de Catalina.

"Cuando el cura me puso la Custodia con el Santísimo, yo estaba con la cabeza agachada y llorando. Sentía rabia, sentía tristeza, sentía alegría, sentía asco, sentía que era lo peor, pero sentía que eso no era nada, porque justamente mi mayor pecado fue atentar contra las Especies Sagradas." Sin embargo, cuando salió de allí, sabía que su vida no podía continuar como estaba y que debía cambiar.

Según la *Verbi Sponsa*, carta apostólica sobre la clausura de la monjas, este tipo de vida se fundamenta bíblicamente en la escucha unánime y en la acogida amorosa de la palabra del Padre: "Éste es mi Hijo predilecto, en el cual me complazco" Mt 3, 17, permanecen siempre "con Él en el monte santo" 2 Pe 1, 17-18. Por tanto, el lugar en el que viven normalmente es una montaña o un monte. De ahí, la palabra "monasterio" que significa "uno con Dios".

Para la hermana Marta Liliana, madre maestra de las novicias Pasionistas, este tipo de vida es "entender que mientras afuera uno iba, venía, hacía. Aquí con paciencia, silencio, obediencia, y entrega; el Señor obra en el mundo. Es creer."

Durante aproximadamente cinco o seis meses Catalina estuvo "jugando con Dios". Salía de una eucaristía para las reuniones en la secta y no dejaba de asistir a las ceremonias quincenales, mensuales y de luna llena. Tres veces se tuvo que pasar de casa. Salir no fue tan fácil como cuando entró, especialmente porque el proceso de conversión, sanación y liberación fue muy lento.

Un día, Uriel Alejandro, un seminarista amigo suyo le consiguió un sacerdote para que se confesara. Por obediencia lo hizo, pero al final de la confesión escuchó algo que la atormentaría por un buen rato.

- Catalina, ¿esto lo estamos tomando en confesión o lo estamos tomando en plática?, le preguntó el sacerdote.
- No, en confesión porque vos en platica podés hablar de eso. Contestó Catalina asegurándose de que su pecado quedara en secreto.
- Pues como esto es confesión, Cata, yo te tengo que decir algo. Tú estás excomulgada de la iglesia.

De ahí en adelante, lo que se venía para Catalina era un proceso aún más largo. Debía hacer una confesión de vida con el Arzobispo, Monseñor Ricardo Tobón, quien más adelante cedería el proceso a Monseñor Elkin Álvarez.

Una lista de seis hojas tamaño carta, una primera confesión de cinco horas y una penitencia "durísima" de seis meses, era el paso gigante que daba Catalina para volver a los brazos de Aquel que le había demostrado que la seguía amando.

Dios la estaba llamando como lo había hecho 8 años antes, cuando no dudaba en decir que quería ser religiosa, y por eso ella intentó ingresar a dos comunidades por las que sentía gran aprecio y en las que consideraba que podía servirle plenamente al Señor porque tenían una vida espiritual activa y misionera.

- ¡Ay, Cata! me duele tanto decirte esto. Le dijo la promotora vocacional de una de las comunidades.
- ¿Qué?, Decime.
- Cata, es que vos si tenés vocación, pero esta no es tu comunidad.

Mientras lloraba, Catalina recordaba que esas habían sido las mismas palabras que le habían dicho en la primera comunidad a la que quiso entrar. A partir de ahí, comenzaría a sentir que esa no era su vocación y que sería mejor esperar por un "principie azul para casarse y tener muchos hijos". Lo que no sabía, era que los planes de Dios para convertirla en su esposa seguían en marcha.

La vida monástica implica una gran renuncia. Renunciar a una familia para comenzar a formar parte de una familia aún más grande. Tal y como lo ha expresado en varias ocasiones el Papa Francisco, por ser este el llamado Año de la Vida Consagrada, las monjas también son madres y deben compartir la maternidad de la iglesia. "Los creyentes son hijos de nosotras, tenemos

que ayudar a parirlos para el Señor”, dice la Madre maestra de las pasionistas con un brillo especial en su mirada, como si de verdad se sintiera mamá.

También implica renunciar a las comodidades que ofrece el mundo pero, si no salen entonces ¿cómo viven? Las Pasionistas por ejemplo viven de la misericordia. Cuando la gente las visita normalmente les llevan cosas, o sino, cómo dicen las hermanas “pues de la providencia”, tienen una pequeña huerta, conejos, gallinas, huevos, crían los terneros que les regala un vecino y en general “de lo que vaya llegando porque la gente es muy misericordiosa.”



Pasionistas luego de culminar una oración

Finalmente, renunciar a sí mismas es tal vez lo más complicado y es un punto en el que coinciden casi todas las hermanas de la comunidad. “A uno lo que más le cuesta es renunciarse. Es ponerse en manos de otro. Es venir a que le digan a uno ‘no aquí no se lavan los platos así’ ‘Hay que ahorrar papel’”, dice la Hermana Paloma Botero con la mirada baja.

“En parte uno si extraña a la familia, pero lo más difícil es morir a mí misma”, complementa la Hermana Teresa. “Aquí uno se sienta a la hora de la comida y le toca comerse todo, gústele o no le guste.

*Es vivir al ritmo de la comunidad, a costa de lo que piensan. Es aprender a vivir para el Señor renunciando a mí misma.”*

Un día, engañada y casi que obligada, Catalina acompañó a un amigo por el ornamento para su ordenación al Monasterio de las Pasionistas. El mismo al que se había negado ir en muchas oportunidades porque “no quería ver viejitas encerradas rezando”. Mientras estuvo en

el lugar no soltó el celular porque no quería abrir la posibilidad de estar allí el resto de sus días.

Sin embargo, luego de una sequía espiritual y de un sin sentir que ahogaba sus días, aceptó el consejo de tres personas que en ocasiones diferentes le aconsejaron que hiciera un retiro de soledad en el monasterio de las Pasionistas. Sin creer que allí pudiera encontrarse de nuevo con Dios, lo hizo.

Desde que llegó el Señor le habló: *"Escucha, Israel: Yahvé, nuestro Dios, es Yahvé-único. Y tú amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas."* Deuteronomio 6, 4.

Eran las palabras que retumbaban en sus oídos y es la cita que hasta el día de hoy la ha acompañado y le han recordado su llamado. En los momentos de duda e incertidumbre recuerda también lo que le dice la Madre Superiora en el Monasterio "Catalina, aunque te escondas debajo de las piedras, el Señor te va a seguir buscando. No te escondas, tu sabes a qué estás llamada"

Por eso ya lo decidió. No le va a seguir huyendo al Señor y en pocos meses comenzará su proceso como religiosa de clausura. Una locura teniendo en cuenta que es joven, profesional y que ha sentido ganas de casarse.

"Yo no tengo 5 años, no tengo 15 años, yo ya voy para 25, he estudiado dos carreras, he tenido novio, he trabajado. El Señor me ha permitido vivir todo lo que uno debe vivir normalmente para decidir. Esas cosas no me han llenado. Por eso lo elijo a Él".

En el monasterio ya hay 22 mujeres esperándola. La mayoría de ellas jóvenes y no viejitas como ella pensaba. La menor tiene 17 años, y sorprende su decisión porque a esa edad uno no sabe qué quiere de la vida. Sin embargo, a ella se le desborda la felicidad. Está feliz como sus hermanas de comunidad.

La Hermana Lourdes, es la mayor, sin embargo, ni su apariencia ni su personalidad revelan que tiene 65 años. Una española que cuando sonrío parece enamorada y deja escapar pedacitos de Jesús. Y es que algo se le ha de pegar con tanta juventud que la acompaña. Ella, se siente plena con su vida, pero acepta que en su época la decisión la tomaron sus padres. "Hoy no, mire todas estas muchachitas. Están aquí porque quieren".

Quien le sigue es Marta Liliana con 37, luego María Angélica con 34 y finalmente la Madre Superiora que tiene 32. De ahí para abajo todas son veinteañeras, la mayoría con menos de

25 años y tuvieron sus rollos. Estudiantes, rumberas, rebeldes y hasta ennoviadas se dejaron arrastrar por un amor que les pudo y las hace felices.

Las más curiosas son las gemelas. Dos hermanas que siendo estudiantes universitarias de la UPB y deportistas reconocidas, un día decidieron irse a vivir "la mayor aventura de sus vidas". Lo que más aman después de contemplar a su Esposo, forma en como nombran a Dios, es el fútbol. Por eso, no pasa un día sin que se armen su buen partido. Su afición contagió a las demás y ahora cualquiera le podría dar sopa y seco a la Selección.

Sin duda, una estilo de vida que podría parecer medieval. Más hoy cuando la iglesia pide un cambio y las reformas todos los días son más evidentes. Entonces, ¿por qué sigue vigente la vida de clausura? Sencillo. Cómo afirman las hermanas Pasionistas, la iglesia funciona como un cuerpo y cada parte tiene su función. Si falta una, el cuerpo deja de ser cuerpo.

En ese sentido, cada miembro de la iglesia tiene un carisma especial, que puesto al servicio de la misma, la fortalece y la ayuda a crecer. Catalina por ejemplo considera que "la vida apostólica está en crisis. Se debe volver la mirada a la clausura como la raíz de la iglesia, como la que sostiene el tronco de la iglesia".

Ante esta pregunta, el Padre Tarcisio Gaitán, sacerdote pasionista de vida activa, responde con una analogía explicando que "su misión es como el oxígeno que se sopla a la llama, no se ve pero es necesario para que la llama arda. Así son ellas, con su oración se vuelven el oxígeno para que la Iglesia ejerza su misión pastoral".

*Él reitera además, que la misión que tienen estas mujeres es ser ejemplo de la dimensión contemplativa de la vida consagrada mediante la renuncia a propuestas del mundo.*

En el monasterio Getsemaní, donde viven Las Pasionistas, las hermanas comparten esta misma perspectiva por eso viven en constante oración. Ellas quieren ser las mismas "almas que agradan al Señor" de las que hablaba la campesina Lucia Burilini a San Pablo de la Cruz. El mismo que después de 40 años daría inicio a la comunidad en 1771, pero que a Colombia apenas llegó el 25 de Julio de 1991.

Aunque siguen conservando la esencia de las monjas de clausura siendo obedientes, orantes y dedicadas a contemplar al Señor, con los mismos ánimos que le levantan a las dos de la

mañana para orar desde las tres, celebran sus cumpleaños, disfrutan las horas de recreo como si estuviesen en el colegio, cantan y hasta bailan imitando artistas famosos.

Sin duda, son las mujeres más felices. En la forma de hablar y de mirar se les desborda la emoción al sentirse seguras de la decisión que tomaron. "Yo lo vuelvo a elegir", dice la hermana Teresa que no cambia a Dios por los novios que tuvo. Entonces, ¿qué lleva a una joven a decidir vivir en Clausura?, seguramente quienes lo hacen es porque han experimentado lo mismo que siente Catalina.

*"Yo lo elegí porque el amor y la tranquilidad que yo sentí allá no las he sentido en otro lado, ni en misión, ni por más trabajo, ni por más que me mate en una catequesis o siendo servidora en un retiro lo he sentido y yo digo: esto es obra del Señor."*



Monasterio Getsemaní,  
Pasionistas de Clausura